

que proponen; ¿aceptaríais esa misión?» Según todas las apariencias, el general no estaba desprevenido, pues no cabe suponer que el proyecto formulado por su propio jefe de Estado mayor lo fuera sin su consentimiento. Era militar demasiado entendido para desconocer los peligros de una situación ya gravemente comprometida; pero era al mismo tiempo demasiado buen patriota para esquivarse, demasiado confiado en sus propios conocimientos para desesperar y tenía demasiada fe en la Providencia para asustarse con exceso de las responsabilidades, de las ingraticitudes y de los fracasos. Su papel, grandioso y atrayente, casi tanto como peligroso, sería para la dinastía el de protector, para el pueblo parisiense el de moderador y para el extranjero el de campeón en el supremo combate. Trochu aceptó sin vacilar, diciendo al emperador: «Estoy á la disposición de Vuestra Majestad.» Esta resolución tan pronta enfrió, según parece, á Napoleón, el cual, volviendo al estado de proyecto lo que parecía resolución firme, dijo: «Voy á escribir á la emperatriz y al consejo de ministros.» Oyendo esto, el príncipe Napoleón exclamó sobresaltado: «¡Escribir á la emperatriz! ¿Acaso no sois ya soberano? Es preciso que Trochu parta inmediatamente.» Fascinado por aquella violenta voluntad, el monarca pareció ceder, pero con esa ingeniosidad para encontrar pretextos que constituye el recurso de los débiles, buscó en seguida un motivo que justificara sus vacilaciones: «Me preocupa la forma, objetó; es preciso que el decreto sea refrendado, puesto que soy soberano constitucional.—Nada más fácil, repuso el príncipe Napoleón resuelto á precipitar el desenlace; firmad el decreto y Trochu se lo llevará. ¿Qué ministro, en París, podrá negarse á refrendarlo?» Acosado de esta suerte, el monarca se calló. Hubo, sin embargo, una última lucha porque, habiendo Trochu exigido que regresaran á París los móviles del Sena, el emperador, que al principio del consejo había propuesto esta solución, sintió de pronto algunos escrúpulos, considerando la medida peligrosa, á lo menos en cuanto á los batallones de los arrabales, muy turbulentos, muy perversos, á los cuales quería distribuir entre las plazas de Lila, Maubeuge y Verdún. Trochu, sin embargo, no cedió, y habiendo el general Berthaut manifestado que respondía de todo, el soberano, sea por convencimiento, sea por cansancio, no insistió más.

Designado ya el gobernador de París, faltaba proveer á las necesidades del ejército. Mac-Mahón fué nombrado comandante en jefe de todas las fuerzas reunidas en Chalóns. ¿Sería independiente de Bazaine? El emperador habría querido que lo fuese, pero el vencedor de Magenta solicitó el favor de servir á las órdenes de aquél: «Prefiero, dijo, ser subordinado de Bazaine; es amigo mío, aceptaré sus órdenes y nos entenderemos.» La subordinación sería indudablemente más nominal que efectiva, puesto que los dos mariscales estaban separados por la distancia y lo estarían antes de poco por el enemigo. La misma deliberación de donde salió el nombramiento de Mac-Mahón resolvió la retirada del ejército á París? Si hemos de dar crédito á los recuerdos del mariscal, la conferencia se disolvió sin decidir nada sobre este particular; pero, en cambio, los generales Trochu y Schmitz han afirmado que en aquella reunión se acordó la evacuación del campamento de

Chalóns y el regreso de las tropas á la capital, y aun añaden que se discutió la línea de retirada, queriendo Mac-Mahón que ésta se realizara por Reims y Soissons y proponiendo Schmitz que se siguiera para efectuarla la carretera de Vertus, Champaubert y Montmirail. Esta última versión la vemos comprobada, de modo muy contundente aunque indirecto, en uno de los telegramas encontrados después del 4 de septiembre en las Tullerías (1).

Cuando la conferencia tocaba á su fin, el emperador, haciendo el resumen de la discusión, dijo: «Si no estoy equivocado, he de firmar tres decretos, uno para Trochu, otro para Mac-Mahón y otro para la guardia móvil.—Para la guardia móvil, observó el general Berthaut, basta una orden.» Todavía se temió que el emperador se dejara dominar nuevamente por la incertidumbre; así es que el príncipe Napoleón entró en la barraca del general Schmitz y, sin perder un instante, apresuró á redactar los documentos que debían ser sometidos á la firma del soberano. El emperador, como si se sintiera turbado por su atrevimiento, hizo que partiera el comandante Duperré para anunciar á la emperatriz las resoluciones adoptadas, añadiendo á este mensaje un telegrama que había de preparar la gran noticia (2). Mac-Mahón se retiró para visitar el campamento y Berthaut para ocuparse de la próxima partida de los guardias móviles. En el entretanto, Trochu hacía preparar un breack de artillería que se hallaba á poca distancia de la residencia imperial, y dos horas después, acompañado de Schmitz, corría por la carretera de Chalóns, desde donde había de dirigirse por ferrocarril á París.

IV

En París, en medio de la general ruina, subsistían dos grandes autoridades, la regente, es decir, la emperatriz, y el ministro de la Guerra, ó sea Palikao.

En el alma de la emperatriz agitábase pensamientos que no se confesaba á sí misma y, sobre todo, que no habría tolerado que nadie le atribuyera. Contra el emperador tenía tres agravios: había envejecido, se había hecho liberal y había sido derrotado. Debilitado en el interior por sus concesiones, desarmado contra el enemigo por sus derrotas y agobiado por el precoz ajamiento de su cuerpo, ¿qué le quedaba sino desaparecer? En cambio, ella era joven todavía, era ambiciosa y además era madre; la ley la había hecho regente, la salvación pública le imponía energía y esperanza, y de aquí el secreto designio de velar por la Francia, por el imperio y por el príncipe imperial, aunque fuese sin el emperador, el cual sería la víctima, más ó menos sacrificada, de la fatalidad y de sus propias faltas. Lo que la soberana pensaba, insinuábase también la corte y se lo insinuaba por boca de los leales atentos á la dinastía, de los autoritarios ansiosos de perseguir la idea liberal, de los románticos seducidos por los infortunios de una mujer, y de los aficionados á los placeres, desesperadamente apegados al abundante maná de que vivían hacía veinte años. Todo contribuía á fortalecer estas ideas: la inexperiencia osaba soñar con el triunfo;

(1) *Papiers des Tuileries*, tomo I, pág. 426.

(2) *Idem*, págs. 433 y 434.

los entusiasmos se exaltaban ante la perspectiva de una obra cuyo honor sería proporcionado á los peligros; los escrúpulos de la esposa cedían ante las apasionadas solicitudes de la madre, y la esposa misma había de encontrar en el recuerdo de los agravios privados de su marido un motivo para ahogar las voces de su conciencia. Para mejor salvar el imperio, se fingiría olvidar al emperador, cuyo nombre sería omitido en los discursos públicos, y de esta suerte, desprendiéndose de él, se creería eludir la mala fortuna. Intento más bien vislumbrado que perseguido, acariciado por el pensamiento y apenas revelado por las palabras, que, en caso de desarrollarse algún día, añadiría á las peripecias de la guerra una intriga de palacio. Para el pobre emperador la expiación sería peor que cuantas hubieran podido imaginar sus enemigos, pues el castigo le sería infligido por sus servidores, por sus familiares, por su propia esposa, todos coligados más ó menos conscientemente contra su desgracia, todos atentos á abrir un surco entre su hijo y él y á anularle por preterición.

Esta especie de coalición tácita, por virtud del natural encadenamiento de los sucesos, había de tener por cómplice á Palikao. Algo postergado durante los últimos años, más sospechoso que honrado por lo que toca á la expedición de China, había sido olvidado en la distribución de los grandes mandos; y cuando los reveses habían obligado á acordarse de él, habíase hecho cargo del poder con un poco de aprensión y mucha osadía. Su absoluta inexperiencia de la política le desconcertaba; en cambio, su actividad, muy grande á pesar de sus años, su audacia y su inteligencia hacían que asumiera sin gran temor la pesada carga. Siendo ministro de la Guerra, organizaría la defensa nacional y además intervendría, aunque desde lejos, en todas las combinaciones militares. De éstas, las únicas que le agradaban eran las que en vez de traer los ejércitos á París los llevaran á la frontera; su misión sería importante sobre todo si, no teniendo á su lado más que á una mujer inhábil para fiscalizar sus actos, seguía siendo dueño absoluto en cuanto fuera crear nuevos recursos, utilizar los antiguos y sugerir por todos lados las combinaciones ó los planes. En caso de triunfar, compartiría la gloria de los generales victoriosos, y aun en el de una derrota completa, no podía dudar de que obtendría el bastón de mariscal que deseaba ardientemente y que, desde la expedición á China, creía tener ganado.

Dada esta disposición de los ánimos, las medidas adoptadas en el campamento de Chalóns necesariamente habían de resultar en extremo desagradables: para la emperatriz, el regreso del emperador señalaría el fin de la regencia, y el nombramiento del general Trochu significaría la reaparición en escena del partido liberal; para Palikao el desengaño sería igual, pues estando en París, Trochu era una influencia, rival sin duda, que aumentaría al lado de la suya, y el regreso del ejército á la capital era la anulación de todas las concepciones aventuradas que el ministro de la Guerra se complacía en forjar.

En la noche del 17, un mensaje del emperador, traído seguramente por el comandante Duperré, notificó á la emperatriz lo que acababa de resolverse; de la emoción que despertó esta noticia puede juzgarse por el siguiente despacho que á eso de las diez dirigió Pa-

likao á Napoleón: «La emperatriz me comunica la carta en la que el emperador anuncia que quiere traer el ejército de Chalóns á París. Suplico al emperador que renuncie á esta idea que parecería el abandono del ejército de Metz (1).» Mientras el ministro de la Guerra protestaba contra el regreso del ejército, la regente se sublevaba contra la vuelta de su esposo y sus telegramas debieron ser muy apremiantes, puesto que el soberano, que por la mañana estaba resuelto á volver á su capital, manifestó aquella misma noche indecisiones que presagiaban un nuevo cambio de parecer.

En el entretanto, Trochu se encaminaba á París.



El almirante Jurien de la Gravière

Frecuentes obstrucciones de la vía multiplicaban las paradas y aumentaban la duración del trayecto, y la confusión se patentizaba por hechos tristemente curiosos como el de que en Epernay la vía estuviera ocupada por una serie de vagones cargados de herramientas y faginas y destinados á las «necesidades del sitio de Maguncia (2).» El general, aprovechando una de aquellas detenciones, escribió sobre sus rodillas la proclama en que había de notificar su nombramiento á los parisienses. Afirmando como positiva una noticia que en aquellos mismos momentos comenzaba á ser insegura, ó sea la del regreso del emperador, anunciaba que éste llegaría pocas horas después que él, expresaba su fe en el triunfo final, recomendaba la calma, no solamente la de la calle, sino también la de los hogares y la de los espíritus, y la deferencia para con la autoridad responsable, y hacía un llamamiento á todos los franceses sin distinción de partidos, afirmando su resolución de volver, una vez su misión cumplida, á la obscuridad de donde salía. Y acordándose de la provincia en que había nacido, terminaba piadosamente, al estilo de la gente de Bretaña, invocando la ayuda de Dios para la salvación de la patria.

(1) *Papiers des Tuileries*, tomo I, pág. 426.

(2) Trochu, *Oeuvres posthumes*, tomo I, pág. 135.

Era cerca de media noche cuando llegó el tren á la estación del Este, y el general, entendiendo que su misión no admitía ningún aplazamiento, fué en seguida, á pesar de lo intempestivo de la hora, á ver al Sr. Chevreau, ministro del Interior, exhibió su nombramiento de gobernador de París y pidió que el decreto fuese refrendado inmediatamente por uno de los ministros y llevado aquella misma noche á la imprenta del *Journal Officiel*. El Sr. Chevreau, sorprendido, perplejo, demasiado enterado de las disposiciones de la corte para no temer un conflicto, quiso al pronto ganar tiempo diciendo que iba á avisar á sus colegas y que un retraso de algunas horas importaba poco; y habiéndole el general apremiado para que él mismo refrendara el decreto, negóse á ello, alegando que el asunto era de la incumbencia del ministro de la Guerra. Al fin, desesperando de poder desembarazarse del importuno visitante, le dijo: «Vamos á ver á la emperatriz y os entenderéis con ella.»

Ambos se encaminaron á las Tullerías y la emperatriz se levantó inmediatamente. A la entrevista asistió, además del ministro del Interior y del general Trochu, el almirante Jurien de la Graviere á quien la soberana se había apresurado á llamar. El nuevo gobernador de París expuso el objeto de su misión, mostró el decreto y presentó una carta que Napoleón le había entregado en el momento de partir y en la cual le encargaba que entrara en seguida en funciones. La emperatriz le escuchaba violenta, sobreexcitada, nerviosa; habiéndole pintado al general como un adversario, no muy sospechoso á los republicanos y sobre todo grato á los monárquicos liberales, el acto repentino é imprevisto del emperador aparecía como una usurpación de los poderes de la regencia. En aquel hombre que de pronto había adquirido tanta importancia presentábase un enemigo ó, lo que aún disgustaba más, un protector. Pensando en todo esto, todo el despecho de la mujer, todas las aprensiones de la soberana estallaron en una burla insultante: «General, le digo, voy á pedir un consejo. ¿No se os ocurre pensar que en el peligro extremo en que nos encontramos sería conveniente hacer venir á Francia á los príncipes de Orleans?» Esta frase, que recuerdos indulgentes en exceso intentaron posteriormente no negar, pero sí suavizar (1), hería en lo más vivo al que acababa de ser nombrado gobernador de París por el soberano. Ante aquella insensatez (esta es la verdadera palabra) el leal Jurien de la Graviere intervino precipitadamente, á fuer de patriota que abomina de las disputas y de cortesano fiel que repara las faltas, y empujando á Trochu hacia la emperatriz, dijo: «¡Pero si ambos sois á propósito para comprender! Señora, otorgad toda vuestra confianza al general, que la merece.» Aquel giro acertado moderó el tono de la entrevista; pero cuando Trochu, fiando en las decisiones adoptadas en Chalóns, habló del regreso del emperador, la regente replicó otra vez con vehemencia: «No, el emperador no regresará.» La emperatriz podía hablar así con seguridad, porque Napoleón, impresionado por sus despachos, inclinábase ya á un nuevo cambio de conducta. Si hemos de dar crédito á Trochu, la so-

(1) Proceso del general Trochu contra *Le Figaro*, declaración del almirante Jurien de la Graviere (Tribunal de asises del Sena, audiencia del 28 de marzo de 1872).

berana añadió: «Los que han aconsejado al emperador las resoluciones que me anunciáis son enemigos; el emperador no volverá vivo á París y el ejército de Chalóns se reunirá con el de Metz.» La conversación continuó en un tono muy animado y en voz muy alta, tanto que el general Schmitz y uno de los oficiales de órdenes que se habían quedado en el salón de espera hubieron de retirarse á un extremo de la estancia para no oírlo todo. El almirante Jurien y el Sr. Chevreau respondieron nuevamente del honor de Trochu: «Es el hombre más honrado que conozco,» dijo el almirante. El mismo Trochu protestó de sus sentimientos, no en el lenguaje teatral que después se le ha atribuido, sino en términos propios para disipar toda desconfianza. Entonces la emperatriz se resignó, y aceptando un disgusto para evitar un escándalo, decidió que el decreto fuese refrendado por Palikao. Faltaba sólo hacer aceptar al ministro de la Guerra la desagradable sorpresa de un rival, y á fin de amortiguar el primer choque, fué enviado el Sr. Chevreau al palacio de la calle Saint-Dominique. Trochu, antes de retirarse, sometió á la aprobación de la emperatriz la proclama que había redactado; la regente solamente suprimió de ella una frase, la que se refería al regreso del emperador. Sabía, en efecto, que vacilaba, y para retenerle lejos de la capital fiaba en la influencia que sobre él ejercía y sobre todo en la perspectiva de la impopularidad que le esperaba.

Trochu salió de las Tullerías más preocupado que satisfecho: aceptado por fuerza y rodeándole de obstáculos, ¡cuáles no serían, desde el punto de vista político, las dificultades con que habría de luchar si la ausencia del emperador le dejaba solo ante la enemiga de la regente, de la corte y del gobierno! Y desde el punto de vista militar, ¿qué podría hacer en caso de sitio si el ejército de Mac-Mahón, único ejército de socorro, había sido enviado á la Lorena? En Chalóns había aceptado una misión que junto con él habían de realizar el emperador y Mac-Mahón; pero desde el momento en que faltaban estos dos colaboradores, quedaba rota la unidad del plan. Meditando sobre su elevación incompleta y ya falseada, encaminóse Trochu al ministerio de la Guerra. El Sr. Chevreau le había precedido, pero no había logrado calmar á Palikao, el cual se había indignado sobre manera y hasta había hablado de dimisión. La entrevista entre ambos generales fué tempestuosa: por su educación intelectual y moral, por sus gustos, por sus costumbres, aquellos dos hombres ofrecían tal oposición entre sí que difícilmente habría podido imaginarse un contraste más sorprendente: «No puedo comprender, dijo el ministro al nuevo gobernador, la oportunidad de vuestra misión, que sólo puede añadir á las dificultades con que ya lucho, otras nuevas.—Obedezco los deseos del emperador, respondió Trochu, y al cumplir el mandato que he aceptado por abnegación tengo la firme voluntad de no ser una dificultad para nadie.» El debate se prolongó á propósito del ejército de Mac-Mahón y Palikao declaró funesta aquella retirada á París que Trochu juzgaba indispensable; según él, Chalóns era simplemente una etapa para marchar sobre Metz; y en cuanto á París, los cuartos batallones y los nuevos cuerpos en vías de formación bastarían para asegurar su defensa. Sin embargo, el ministro al fin se apaciguó, y aunque protestando

enérgicamente, refrendó el decreto que fué llevado á la imprenta del *Journal Officiel* antes de que amaneciera.

Los parisienses, al despertar, supieron el nombre del que, en caso de sitio, presidiría sus destinos. La impresión que esta noticia produjo fué de sorpresa, porque Trochu acababa de ser nombrado comandante de uno de los cuerpos de Chalóns, y nadie acertaba á explicarse este cambio de destino; á la sorpresa unióse el temor, pues muchos vieron en aquel nombramiento la prueba de que se había desvanecido toda esperanza de detener á los prusianos en el camino de la capital. En cuanto á la escena íntima de la noche antes escapó completamente al público, y los que habían husmeado un disimulamiento, sintieron disiparse sus sospechas oyendo al ministro de la Guerra, el cual, al abrirse el 18 la sesión de la Cámara, presentó al gobernador de París en estos términos: «He buscado un hombre activo, enérgico, capaz de reunir en sus manos todos los poderes necesarios para asegurar el armamento de París; por esto he pensado en el general Trochu y yo mismo le he hecho venir del campamento de Chalóns, en donde podía ser reemplazado por otro general.» Después de haber hablado de este modo, el ministro se dedicó á calmar á los alarmistas: «Este es, señores, prosiguió, el único motivo que me ha impulsado á llamar á París al general Trochu;» y añadió esta frase tan verídica como las demás: «En la actualidad, nada nos inquieta, muy al contrario.»

V

En Mourmelon habían visto partir al general Trochu y este había sido el único resultado de la conferencia. En cuanto al regreso del emperador y á la retirada del ejército, nada se había resuelto que no hubiese quedado inmediatamente en suspenso.

A la salida del consejo Mac-Mahón había montado á caballo para reconocer las inmediaciones del campamento: nada se había preparado para la defensa, y si el enemigo se acercaba con fuerzas suficientes, aquella posición sería insostenible. Ávido de aclaraciones, el mariscal volvió por la tarde á ver al emperador, el cual le recibió como hombre que no quiere dificultar nada, pero que tampoco puede prestar ninguna ayuda: «No me ocuparé de las operaciones, le dijo; poned en comunicación con Bazaine y con el ministro de la Guerra (1).» Mac-Mahón, rechazado por este lado, pidió instrucciones á Bazaine (2); pero éste se hallaba lejos, era además de muy mediana capacidad, y su mirada, que apenas abarcaba su propio campo de batalla, difícilmente había de extenderse más allá de las líneas que ya ocupaban los ejércitos enemigos.

El día 17 transcurrió en estas perplejidades. Napoleón, que había de seguir á Trochu, no hablaba de partir y las tropas no cesaban de afluir al campamento: el 1.º cuerpo acababa de llegar; el 5.º le seguía, y en el entretanto el 7.º abandonaba la Alta Alsacia. Pero todos aquellos regimientos de antigua formación no estaban demasiado quebrantados, los unos por la derrota

(1) Declaración de Mac-Mahón, pág. 29 (*Enquête parlementaire sur le 4 septembre*).

(2) Declaración de Mac-Mahón, pág. 30 (*Enquête parlementaire sur le 4 septembre*).

y los otros por la marcha y las fatigas, para constituir una base firme de incorporación de los hombres de la reserva? Estos llegaban en una disposición de ánimo más que dudosa y casi sin ninguna instrucción, y como habían permanecido mucho tiempo en sus hogares, algunos de ellos hasta ignoraban el manejo del fusil Chassepot. Mac-Mahón se iba penetrando gradualmente de todos estos detalles. En cuanto á Bazaine, nada se sabía de él, pues el primer parte de la batalla de la víspera, en vez de ser transmitido en extracto por telégrafo, había sido confiado á un correo que no había



El general Coffinieres

llegado todavía. El emperador, presa de gran inquietud, mandó que se dirigiera al general Coffinieres, gobernador de Metz, el siguiente telegrama: «De orden del emperador, ¿tenéis noticias del mariscal Bazaine? Enviadlas con urgencia al campamento de Chalóns.» Por fin á las cuatro y media el comandante en jefe del ejército del Rhin envió un despacho anunciando que el enemigo había librado una gran batalla: «Ha sido rechazado, añadía, y hemos pasado la noche en las posiciones conquistadas.» Esta última frase, que respiraba un acento de victoria, estaba contradicha implícitamente por lo que seguía, á saber: que la gran escasez de víveres y de municiones le había obligado á acercarse á Metz; que se hallaba instalado entre Saint-Privat y Rorerieulles; que esperaba ponerse en marcha á los dos días, y que se vería obligado á inclinarse hacia el Norte. Casi á la misma hora, un despacho de Coffinieres remachaba la triste impresión, pues hablaba de las pérdidas y de una concentración dentro de las murallas de la plaza, y terminaba con esta frase: «Metz está casi bloqueada (3).»

En la madrugada del 18 los primeros convoyes de guardias móviles emprendieron el regreso á París. En

(3) *Procès Bazaine*, interrogatorio (audiencia del 14 de octubre de 1873).—El despacho lleva esta firma: «Mariscal comandante superior á emperador.» Pero el contenido demuestra que es del general Coffinieres.